

tanto por ciento del negociado de la consolidacion de obras pias, ejecutó sus providencias con un rigor escesivo que las hizo odiosas. Fué empero fidelísimo al rei. El impidió se circularsen los decretos fulminados contra Fernando VII en la causa del Escorial, que se la remitieron de ofizio, esponiéndose así a la persecucion del príncipe de la Paz, a quien debía el virreinato. Cuando el Acuerdo de Méjico vacilaba sobre reconozar, o no, al Duque de Berg por lugar-teniente del reino, él se declaró intrépidamente por la negativa, ofrezendo morir en defensa de los derechos del rei, asombrando con tan noble resolucion a los mismos oidores que osaron despues prenderle i mancillarle como a traidor.

LIBRO I.

CAPITULO I.

Principios de la conspiracion por los curas Morelos e Hidalgo. Delacion al Intendente de Guanajuato Riaño. Disposiciones de este. Rompimiento en Dolores. Riaño se fortifica en la alóndiga. Intimacion i ataque del fuerte. Disposiciones del gobierno de Méjico. Sucesos de Querétaro. Ataque i espugnacion de Guanajuato. Muerte de Riaño, i su elojio. Hidalgo organiza fuerzas i gobierno. Sale para Valladolid. Medidas del virei Venegas i demas autoridades españolas. Delacion hecha por los Tlascaltecas.

Los ultrajes que sufrían los americanos desde que se relajó el freno de las leyes con el atropellamiento de la suprema autoridad, hecho en la persona del virei, se habian dejado sentir, no solo en la capital, sino en los bosques mas remotos del vasto continente de Méjico. El cura de Necupétaro i Carácuaro, el insigne Morelos, hombre de modesto i apazible carácter, llegó a Valladolid, en diciembre de 1809, para visitar a una hermana suya. Tratóse allí, con ocasion de haberse reunido varios amigos a celebrar navidades con un coloquio o escena del nazi-miento segun la costumbre del país, de los arrestos recien hechos en aquellos dias por el teniente letrado de la provincia, en varias personas respetables, i de los insultos que humillaban a los americanos desde la prision del virei Iturrigarai. Con esto se encendió en el corazon de Morelos el jeneroso deseo de remediar tanto daño. Puso desde luego manos a la empresa, i retirándose a su curato, comenzó a fortificarse en él con ánimo de resistir a sus enemigos, si la necesidad lo exijia.

El cura de Dolores D. Miguel Hidalgo i Costilla, mas ilustrado que el de Carácuaro, se sentia no ménos impaciente por aliviar los males del agobiado pueblo. Veia sus feligreses reducidos a la miseria, por estarles prohibida la elaboracion del vino a beneficio del de Cataluña, cuya esportacion fomentaba el gobierno español. Acudió de pronto a este mal estableziendo en su curato fábricas de loza i tejidos, varias industrias para el cultivo de la seda, i otros primeros ensayos, por medio de los cuales se prometia resultados semejantes a los que el benéfico Lascasas ideó para la Costa-firme. Animado de tan liberales sentimientos, no podia desechar ninguno de los medios que se le ofreziesen para mejorar la suerte de sus compatriotas; i al fin, de los desaogos que sobre esto tenia con sus amigos, i de las conferencias habidas con el capitan D. Ignacio de Allende, resultó que uno i otro se decidiesen a conquistar la libertad de su patria. Transpiraron sus nuevos proyectos, i por delacion de un eclesiástico de Querétaro, llegaron a noticia del gobierno de Méjico, depositado entónces en la audiencia. Poco despues, en 13 de setiembre de 1810, el capitan D. Francisco Bustamante dió cuenta al intendente de Guanajuato D. Juan Antonio Riaño, de que los conspiradores, dirigidos por Hidalgo, Allende, D. Juan Aldama, i D. Ignacio Abasolo, trataban de sorprender en la noche del primero de octubre, a todos los europeos de Guanajuato, i que al efecto estaban de intelijencia con tres sarjentos del batallon, i con el tambor mayor Garrido, encargados de seduzir a la tropa. El intendente, majistrado cuerdo i juizioso, desechó al pronto la denuncia; pero tuvo que rendirse a la evidencia de documentos i aseveraciones irrefragables del mismo cómplice Garrido, quien se convirtió en delator, i se prestó a pasar al pueblo de Dolores con el objeto de vijilar las disposiciones del cura Hidalgo. Procedió el intendente a la prision de los otros tres sarjen-

tos apalabrados, quienes paladinamente confesaron cuanto sabian. Vuelto Garrido con nuevas noticias de los progresos que hazia Hidalgo en sus preparativos, quedó convencionalmente arrestado para disimular su delacion. Dióse orden de prision contra Allende i Aldama, cometida al subdelegado de S. Miguel el Grande, encargándole que se asegurase en seguida de Hidalgo i Abasolo, i que entre tanto fuesen observados los pasos del primero por D. Francisco Iriarte desde San Felipe, villa inmediata al pueblo de Dolores. Súpose por aviso de este confidente la interceptacion por Allende de la orden de arresto contra los principales conjurados, i cómo en su vista se apresuró a llegar a Dolores a las doce de la noche del 18 de setiembre. En efecto, despues de una breve conferencia con Hidalgo en este pueblo, acordaron ambos dar inmediatamente el grito del alzamiento, e hizieronlo así con solos cinco hombres voluntarios i otros cinco forzados, de quienes se valieron para prender a siete europeos de Dolores, i en seguida sin la menor demora a otros de san Felipe i san Miguel. La celeridad i el acierto de estos primeros golpes les atrajeron buen número de jentes de todas clases, i así engrosados determinaron marchar sobre Guanajuato.

El intendente, sorprendido, mandó tocar jenerala; se reunió el batallon, casi todo el vecindario i gran muchedumbre de pueblo. Crezia la confusion, el azoramiento, el terror en todos los habitantes; i en medio de tal escena, se vió por primera vez asomarse a la puerta del templo de los frailes Dieguitos, un relijioso arengando a la plebe con un cruzifijo en la mano: señal primera del funesto abuso que se habia de hazer de la relijion para seduzir a los incautos i sencillos.

Notábase en los primeros movimientos de los vecinos una ardiente disposicion para entrar en lid con los que amenazaban a Guanajuato: calor que, aprovechado a

tiempo, habria quizá aniquilado todos los planes de revolucion, i aun a sus mismos autores. El intendente conozia todo el peligro i su gravedad, i así lo manifestó en la junta de las personas mas autorizadas, que convocó para acordar las principales disposiciones que exijia el caso. En ejecutarse estas i en conservar continua vigilancia por todas las avenidas de la poblacion, se pasaron algunos dias hasta el 24, en que el intendente se retiró a la nueva alóndiga de Granaditas, situada en una altura a la entrada de la ciudad, con ánimo de hazerse fuerte i defender allí todos los caudales, papeles i demas efectos preciosos, pertenezientes á la hazienda pública. Con esto, con la fuerza del batallon de infantería provincial, dos compañías de dragones del Príncipe, casi todos los europeos, i no pocos americanos armados, que reunió en aquel edificio, i con una gran cantidad de víveres para mas de quinientas personas por tres o cuatro meses, esperaba poder sostenerse hasta que le llegasen los auxilios pedidos al virei i al comandante de San Luis de Potosí D. Felix Calleja. Continuáronse las obras de fortificacion exterior, se aprestaron municiones de guerra cuantas se pudieron, se utilizaron los frascos del azogue para arrojarlos como granadas, henchidos de pólvora, a fin de que se dividiesen en muchos fragmentos; i se emplearon los dias siguientes en meter en la alóndiga todos los jéneros i efectos de valor de los europeos, que no bajarían de cinco millones.

Hazia algunos dias que de los europeos vecinos de la ciudad salieron muchos fujitivos, desdiciéndose de las valentonadas que poco ántes proferían. El pueblo comenzó a mostrar una indiferencia declarada por la defensa; pero no disimulaba su afizion al saqueo. Decaido así el espíritu público del ardor que al principio se habia manifestado, no fué bastante a reanimarlo el solemne bando que se echó en la mañana del 26, haziendo saber, que el gobierno perdonaba los tributos a la plebe. Eran estos una

carga tan ignominiosa como pesada, que se habia impuesto a los de Guanajuato en castigo de haberse mostrado aflijidos con la espulsion de los jesuitas. Esta gabela i la no ménos cruel del lazo, que consistia en arrebatarse a la jente para llevarla atada a trabajar a los desagües, dieron ocasion a la animosidad que despues mostró aquel pueblo al tomar venganza de sus opresores; mas en esta ocasion se oyó en Guanajuato el bando del alzamiento de tributos, como se oyen las gracias arrancadas por la necesidad, no concedidas por la benevolencia. Tampoco surtió ningun efecto el alarde que el dia 27 hizo el intendente de sus fuerzas, presentando en la plaza mayor, ademas de los soldados europeos que dejó en la alóndiga, unos trescientos hombres de infantería, resguardados en cada ala por treinta i cinco de caballería.

El dia 28 llegó a lo sumo la consternacion, al presentarse en una de las avenidas de la alóndiga, en ademan de parlamentar, D. Mariano Abasolo, i D. Ignacio Camargo, acompañados de dos dragones i dos criados con lanza, entregando un oficio de Hidalgo para el intendente. Díjoseles que aguardasen la respuesta; i a breve rato, habiéndose retirado Abasolo, solicitó i obtuvo Camargo el entrar con los ojos vendados a usanza de guerra a conferenciar con el intendente, en cuyo nombre fué oido por D. Francisco Iriarte, D. Miguel Arizmendi, i otros varios con quienes comió. Entre tanto Riaño hizo leer en voz alta a la tropa el ofizio de Hidalgo, que contenia la intimacion de darse por arrestado con todos los europeos, a quienes se ofrecia trato decoroso o de rigor de guerra, segun lo que resolviesen, haziendo esta intimacion el mismo Hidalgo como capitán jeneral de América, aclamado en los campos de Zelaya, i autorizado para proclamar la independencia. Acabada la lectura, añadió el intendente que aunque Hidalgo traia mucha jente, i seria imposible defenderse viniendo con artillería, sin embargo él nada temia,

i que al contrario estaba resuelto a perder la vida; pero que tampoco quería se creyese que intentaba sacrificar a sus ideas particulares las de los que le acompañaban. Siguió un profundo silencio; poseídos todos de contrarios afectos, nadie desplegaba los labios, hasta que al fin lo hizo D. Bernardo del Castillo dando la voz de: *Venzer o morir*, que fué la que todos siguieron maquinalmente. Riaño arregló a ella su última determinacion; pero no pocas veces se le oyó esclamar con un entusiasmo mezclado de sorpresa: “¡ Ah! pobres de mis hijos los de Guanajuato!” En seguida respondió con entereza a Hidalgo, manifestándole su resolución de defenderse, i correspondiendo agradecido, con ánimo de aceptar en caso necesario, a la jenerosa oferta que Hidalgo, en obsequio de la amistad que habia mediado entre ambos, le hazia de darle un asilo seguro para su familia en cualquier evento desgraciado.

En tanto que por la vía de Querétaro llegaba a Méjico la noticia del levantamiento en Dolores, se verificaba tambien el del mismo pueblo de Querétaro, rompiendo en la noche del 14 de setiembre, miéntras que el nuevo virei Venegas recibia los cumplidos de la toma de posesion del vireinato en aquel mismo día. El correjidor de Querétaro D. Miguel Dominguez tuvo el primer aviso de la conspiracion por el que le dió un eclesiástico. Las primeras pesquisas que se hizieron allanando las casas de los designados como cómplices principales, confirmaron la verdad de la denuncia, hallándose en ellas, i especialmente en la de D. Epigmenio Gonzalez, varias armas i municiones; con lo que se arrestó a Gonzalez i su hermano con sus familias, i se comenzó una sumaria. No pasó esta adelante, porque en la mañana del 15 al 16, el correjidor Dominguez fué preso i depositado con todo rigor en el colejio de la Cruz, por una faccion de europeos auxiliados por el alcalde Ochoa, por el comandante de armas Rebollo, i por trescientos hombres del rejimiento de Zelaya. Tambien

fué arrestada con el mismo rigor en el convento de Santa Clara, la esposa de Dominguez, madre de once hijos, ademas del que llevaba en el seno.

Sabida por el virei Venegas la agitacion de Querétaro, i despreciando su importancia, segun el dictámen del oidor Aguirre i Viana, su íntimo consejero, se limitó a enviar a aquella ciudad en comision de juez pesquisidor, al alcalde del crimen D. Juan Collado con un escribano, i algunos porquerones, media resma de papel sellado de ofizio i 20 soldados de caballería. Tanto era el desprecio que se afectaba contra los americanos como jente ruin i baladí. En seguida, para la mañana del 17 llamó el virei a junta jeneral de ministros i corporaciones, asistiendo a ella otros muchos sujetos distinguidos, como el arzobispo Lizana, el ex-virei Garibai i el jeneral de marina Bustamante. Allí con ostentoso aparato se dió cuenta del brillante estado de las cosas de España, se hizo un pedido de veinte millones de pesos por préstamo, i se leyó la lista de gracias concedidas por el gobierno de Cádiz a todos los que pusieron al virei Iturrigarai.

Hallábase entónces en Méjico el rejimiento de dragones del mismo nombre con su coronel Emparan. Este jefe pidió en vano, aunque con instancia, se le enviase prontamente contra Hidalgo; i en verdad que, a haberse tomado tal resolucion, habria desaparecido el nublado de Zelaya, próximo ya a descargar sobre Guanajuato. La insurreccion cundia, i se alcanzaban unas a otras las noticias alarmantes, cual fué entre otras la de haberse interceptado por Aldama una gran porcion de pólvora, que se enviaba al intendente Riaño. Venegas, ya tarde desengañado sobre la gravedad del mal, llamó a marchas dobles al rejimiento de dragones de Puebla. A pocos dias salieron para Querétaro dicho rejimiento con el de infantería de la Corona, cuatro cañones i una columna de granaderos, todo al mando de D. Manuel Flon, conde de la Cadena, jefe reputado de impávido

e inexorable, de influyente en el pais, de íntegro i amante de la justicia, de ilustrado i liberal en ideas políticas. El virei reunió ademas en Méjico los rejimientos de infantería de Puebla, Tres Villas i Toluca, con dos batallones de marina, formados con la tripulacion de los buques en baía de Vera-Cruz. Luego que el juez Collado llegó a Querétaro, palpó la inocencia del correjidor Dominguez, i le repuso en sus funciones. Pero volvamos la vista acia Guanajuato.

Riaño desplegó toda su actividad en tomar disposiciones militares desde el momento en que despachó al parlamentario de Hidalgo, contrastando su incesante movimiento i ardor con la apatía de la plebe, que de tan mal agüero debía ser para los europeos. A pocas horas comenzó a entrar por la calzada el ejérsito de Hidalgo; si así puede llamarse una turba confusa de indios armados indistintamente con hondas, flechas, garrotes, lanza i machete, i mui pocos fusiles; aunque, segun lo probable, ascendía a veinte mil hombres la muchedumbre, incluso en ella los dragones de la Reina de San Miguel el Grande, i parte del rejimiento de infantería de Zelaya. La fortificacion de Granaditas comunicaba con una hazienda de platas nombrada Dolores, desde cuyas bardas rompieron el fuego los españoles. Dividiéronse los americanos en dos trozos principales destinados a obrar por distintas partes, i subdivididos en otros que llevaban banderas de todos colores, i en ellas la estampa de la Virjen de Guadalupe. Miétras que por un lado se disparaban lluvias de piedras por los indios, por otro llegó una division a romper las puertas de las cárceles a los gritos de *Viva la América i la Virjen de Guadalupe*, i al son con que derribaban las puertas de las casas. Encarnizóse la accion con horrible destrozo por una i otra parte; mas al cabo de media hora se emprendió i ganó con furor el asalto por los indios. Quiso el intendente replegarse al interior del fuerte; pero notando un

puesto abandonado por la centinela, embrazó el fusil i estuvo haziendo fuego por un rato, hasta que cayó con la sien atravesada de un balazo, i murió como bueno. Se dividió entónces la guarnicion, ocupando parte de ella las puertas i ventanas de la hazienda de Dolores, desde donde se hazia un fuego vivísimo i mortífero. Hidalgo tomó a empeño la absoluta necesidad de penetrar a la alóndiga. Rodeado de un torbellino de plebe, gritó a un hombre que la dirjia: "Pipila! la patria necesita de tu valor... ¿Te atreverás a prender fuego a la puerta de la alóndiga?" La respuesta fué el hazerlo. Despreciando el inminente riesgo, toma una ancha losa para abroquelarse, abraza una tea, i por entre las balas enemigas gatea hasta la puerta i la deja encendida. Continuaba el combate con igual ardor por ambas partes, sin aterrarse los asaltantes con el tremendo estrago de los frascos de hierro colado, ni los asaltados con la furiosa muchedumbre de enemigos que ya los tenian reducidos al último estrecho. Muerto al fin el comandante del fuerte Berzabal, se izó bandera de paz i cesó el fuego arrimándose los indios al fuerte. Mas como los de Dolores ignoraban lo que pasaba en Granaditas, i continuaban peleando con gran denuedo, animados por la desesperacion del hijo mayor de Riaño, sonó de repente entre los sitiadores el grito de *traicion!* i se dió orden de forzar la alóndiga sin dar cuartel a nadie. Aun costó grandísimos i sangrientos esfuerzos este último paso, en el que hubo escenas a cuyo horror se resiste la pluma. Al cabo terminó la accion a las cinco de la tarde con gran matanza en los de dentro, i mucho mayor en los de fuera. Tal resultado tuvo el imprudente arrojito de aquel Castillo que dió la voz de *morir o venzer*, la cual fué como el primer trueno de una horrible i larga tormenta en los fastos de la independendencia americana.

La catástofe de la alóndiga quedó ilustrada para la memoria del tiempo venidero con no pocas hazañas i cir-

cunstances dignas de mencionarse. Allí se descubrió entre los cadáveres el del ascético D. José Miguel Carrica, que al tiempo de desnudarle los indios, fué hallado todo ceñido de fuertes cilicios, lo que los hizo arrepentirse de haberle dado muerte. Allí mostró el valor mas heroico D. José Valenzuela, natural de Irapuato, quien despues de haber apurado la defensa contra la multitud de enemigos que le rodeaba, no quiso ceder hasta que arrancado del caballo con dos lanzas que le metieron debajo de los sobacos, exaló su ultimo aliento repitiendo con todo esfuerzo: *¡ Viva España!* Allí se vió a un indio perezoso en el acto de tirar con los dientes la espoleta encendida de uno de los frascos arrojados, aunque acababa de ver el estrago que hazian en sus compañeros. Allí finalmente murió el esclarecido Riaño, uno de los intendentes mas cabales i de los majistrados mas recomendables que ha visto la América. “A un fondo de sabiduría i literatura la mas delicada, reunia otro de rectitud a toda prueba i digna del siglo de Caton. Su casa era una academia donde se formaban sus hijos i sus amigos. En aquel santuario del honor jamas penetró el oro corruptor, ni hizo bajar el fiel de la justicia, que siempre administró con misericordia. Riaño era popular, sencillo, modesto i accesible a todo miserable. El fué el primero que introdujo la policia frumentaria en Valladolid i en Guanajuato, i con ella la abundancia, fundándola, segun la teoría de Jovellanos, en la liberalidad de principios, i en el absoluto desembarazo del interes individual, animado por la buena fé de los contratos. El fué quien modeló la bellísima alóndiga de Granaditas, donde se hallarian las gracias de la mas hermosa arquitectura, si se perdiesen en el resto de América. Puesto a la cabeza de la administracion pública en cualquier ramo, habria labrado la dicha de su nazon. Amaba a los americanos, previó la suerte de este continente, i conociendo sus derechos, fué el único jefe, que en los

primeros períodos de la lid de la independencia, se ajustó a los principios del de la guerra i de las jentes, i no trató a los enemigos de las causa que él defendia, como a una gavilla de asesinos i bandidos. La América asentó el pedestal de sus triunfos sobre las cenizas de un varon digno de todo respeto. Para hazer completo su amable retrato, debe añadirse que la naturaleza le dió apar de un grande ingenio un-personal bellissimo. Su noble jesto i airosa presencia anunciaban la hermosa alma que le animaba. Es repugnante, despues de rendir este tributo al merito i a la virtud, el emplear la pluma en describir el desórden que prevalezia en Guanajuato, causado por el desenfreno de tanta multitud de jente semibárbara. Basta recordar esta circunstancia paraque la imaginacion supla lo que aquí no se espresa.

No se descuidó Hidalgo en organizar prontamente el gobierno civil, nombrando nuevos alcaldes e intendente, i construyendo en Guanajuato una casa de moneda, que despues produjo los efectos mas ventajosos. Levantó tambien un rejimiento de infantería, armándolo provisionalmente con picas; establezió fábricas de cañones, i tomó cuantas providencias creyó convenientes para la defensa de aquel punto.

No bien supo Calleja en el Potosí lo que habia ocurrido en Dolores, cuando se apresuró a reunir toda su brigada, levantar nuevos cuerpos de tropas, tomar dinero de las cajas reales, fundir cañones de varios calibres, i situar su campo en la hazienda de la Pila, habiendo sacado de las de Bocas, el Venado i otras, la terrible jente que llamaron los *Tamarindos* a causa del color de su ropaje. En su tienda de campaña armó un dosel, bajo el colocó el retrato del rei, i allí un fraile carmelita hizo jurar sobre un cruzifijo a todos los soldados el entusiasmo mas ardiente para entrar en aquella guerra, que se les hazia creer era contra herejes i enemigos de la relijion. Hidalgo por su

parte destacó para Valladolid tres mil hombres al mando de D. Mariano Jimenez, i el dia 10 de octubre, partió él mismo con todo el ejército, i cuanto dinero pudo reunir.

Luego que llegó a Méjico la noticia de la toma de Guanajuato, se pusieron en accion cuantos medios parecian a propósito para enzender los ánimos del pueblo contra los levantados. El virei mismo activó con grande empeño la publicacion de escritos con este objeto. A su voz i al inzentivo del premio que ofrezia, pulularon todo jénero de invectivas i violentas producciones, que por lo ridículas no merezen mencionarse, si no es la del colejio de abogados, en la que se demostraban las ventajas que proporcionó en intencion el gobierno antiguo para vivir en paz bajo un sistema colonial. La universidad de Méjico notició ofiziosamente al virei que el señor Hidalgo no era doctor de su gremio. La Inquisicion le acusó de judaizante, de ateista, i a renglon tirado de haber dicho que uno de los papas está ardiendo en los infiernos. El señor Abad i Queipo, obispo electo de Valladolid, lanzó contra él un edicto de excomunion, que no dejó de ser materia de crítica entre los hombres sensatos, al ver confundido el dogma con la política, i mas saliendo el anatema de un prelado, en obsequio de cuya ilustracion es necesario decir que dió este paso meramente por contemporizar. Siguió a este otro edicto del arzobispo Lizana, imponiendo ademas de la excomunion contra los levantados, la misma pena contra los que dudasen la validez de semejantes edictos. Esto por algun tiempo inquietó bastante las conciencias que tenian que luchar entre la aficion a Hidalgo i el miedo de la excomunion. El ejemplo de la capital fué imitado en otras diócesis, como en la de Puebla, cuyo obispo el señor Campillo estendió la excomunion a todos los que escribiesen o hablasen contra los enemigos de la independenciamericana. Para colmo de ridiculez no faltó otro obispo (el de Oajaca D. Antonio Bergoza) que aseguraba a sus feligreses que los insurgentes

tenian alas, cuernos, uñas, picos i colas como los grifos; miéntras que en otra pastoral llamaba a Venegas el ánjel tutelar de la América, i encargaba que se encomendasen a él. Finalmente, es de mencionarse aquí para testimonio de lo que se esforzaban estas supercherías i del efecto que produzian, la delacion que hizieron los Indios de Tlaxcala. En 22 de octubre, el gobernador de aquella ciudad avisó al virei: que el de naturales D. Juan Altamirano i otros capitulares le prestaron varios papeles que de órden de D. Juan Ignacio Aldama, les entregaron metidos en un baston hueco, los indios Esteban Zesareo, gobernador de Jichú i José Maria Santos, con el objeto de introducir la comocion en aquella provincia. El virei se mostró agradezido, i dijo que habia mandado fabricar una medalla para distintivo del denunciante; pero nunca mas se tuvo noticia de que hubiese cumplido semejante palabra.